

prender, sino que constituyen una auténtica provocación a la transcendencia. De este modo se delinea un trazado ascendente de la vida que sabe hacerse con todo lo que en uno hay y abrirse a lo que en los mejores momentos se ha acertado a entrever como nuestra mejor posibilidad. Sirva como botón de muestra, para terminar esta reseña, el último párrafo de la obra: «Ese ánimo se adquiere en un vida cotidiana consciente de su grandeza, y que se basa en esa esperanza indestructible característica de un corazón verdadero. Ella ve siempre lo mejor de cada cosa, busca constantemente construir, y confía en alcanzar con creces lo que parece perdido» (110).

Enrique Moros

Carlos DÍAZ, *Emmanuel Mounier, un testimonio luminoso*, Colección «Biblioteca Palabra» 13, Palabra, Madrid 2000, 286 pp., 13 x 21, ISBN 84-8239-435-5.

Mounier (1905-1950) es una figura singular que surge en el periodo de entreguerras. Pertenece a ese grupo de autores que redescubre el valor de los principios cristianos a la hora de juzgar y de conducir las realidades sociales: la política y la economía. La apasionada pluma de Carlos Díaz, fundador del Instituto Mounier en España, sintoniza con los fuertes rasgos que animaban al pensador francés en su empeño por provocar una verdadera revolución espiritual, al renovar los principios inspiradores. Esta biografía rápida nos permite ver bajo un prisma insólito, una época topificada de otro modo por la historiografía común. Contemplamos en vivo el nacimiento de un gran proyecto moral cristiano, y los esfuerzos y dificultades por conformar una realidad

política y social siempre resistente a los ideales del espíritu, y en competición con fuertes ideologías.

Mounier se las tuvo que ver con el nazismo, con el posibilismo moralmente abdicante del régimen de Vichy, y con la tentadora y omnipresente presión cultural del comunismo francés. Sintió el desamparo de los más desfavorecidos, y vivió, sin duda, con un gran aliento espiritual y cristiano. En un contexto cultural y político, que ha variado tanto en más de medio siglo, los análisis y los proyectos políticos de Mounier han podido quedar desfasados, pero vige su aliento cristiano, la claridad y eficacia con la que identificó los principios y su voluntad de construir la vida social sobre la idea cristiana de persona.

Juan Luis Lorda

Hans JONAS, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, Herder, Barcelona 1998, 261 pp., 13 x 22, ISBN 84-254-2055-5.

Este libro recoge un conjunto de ensayos escritos en diferentes ocasiones. Están agrupados en tres partes bien diferenciadas que representan los principales intereses filosóficos del autor. La primera parte se titula «la teoría del organismo y la condición excepcional de la especie humana». Se trata de unas reflexiones apasionantes sobre el hombre en el marco del desarrollo de las modernas ciencias biológicas. El segundo de los apartados tiene un título bien significativo: «Herramienta, imagen y tumba. Lo transanimal en el ser humano».

La segunda parte versa sobre los fundamentos de la ética, de una ética a la altura del ser humano en el momento histórico en que la nueva ciencia ha

puesto a nuestra disposición la posibilidad de intervenir directamente sobre lo que constituye la naturaleza biológica del hombre. El lector encontrará en estas páginas profundas reflexiones cargadas de sentido común y humanidad.

La tercera parte agrupa diversas reflexiones sobre Dios que resultan, a la vez, apasionantes y extraordinariamente controvertidas. El autor interviene en la disputa de la teodicea: ¿cómo es posible que Dios haya permitido Auschwitz? Jonas ofrece un mito al estilo platónico, una conjetura figurada pero verosímil, para exponer el pensamiento de un Dios que se aliena a favor del mundo, que deviene y sufre con la evolución y la historia, y, en último término no es omnipotente, renuncia a todo su poder de inmiscuirse en el curso de las cosas del mundo y guarda silencio. El autor reconoce explícitamente que «todo esto son balbuceos» (211), en diálogo con el pensamiento judío tradicional, desde Job a Scholen, pasando por Maimónides. Pero esos balbuceos obligan a pensar con profundidad sobre lo que en el fondo ignoramos. En estas páginas aparecen muchos motivos de reflexión, pero sobre todo considero que obligan al filósofo cristiano a desarrollar una filosofía que permita un conocimiento racional de Dios, en la línea de lo que propone Juan Pablo II en la *Fides et ratio*.

Enrique R. Moros

Alejandro LLANO CIFUENTES, *El enigma de la representación*, Editorial Síntesis, Filosofía, Madrid 1999, 303 pp., 13,5 x 21, ISBN 84-7738-631-5.

Desde que Platón intentara explicar, mediante el sugestivo «relato de la caverna», el modo de conocer del hombre, hemos asistido a una variada gama de propuestas que en la actualidad se

agrupan bajo el ambiguo rótulo de «ciencias cognitivas». En definitiva, el gran reto del conocimiento humano consiste en aclarar de qué manera nuestra inteligencia es capaz de poseer ideas (universales e inmateriales) que remiten a individuos reales (particulares y materiales). Desde este problema se ve la necesidad de establecer una mediación cognoscitiva entre el sujeto que conoce y la realidad que es conocida. Esa mediación se ha venido entendiendo como una «representación» de índole cognoscitiva pero no existe un consenso acerca de su verdadera naturaleza.

El autor a lo largo del libro analiza con profundidad la noción de «representación» cognoscitiva. Por un lado, contra los que niegan la realidad de esta mediación (nominalismo), defiende su necesidad puesto que el conocimiento no puede implicar, en todos sus niveles, un contacto inmediato con la realidad (que es siempre particular y concreta). Por otra parte, contra el «representacionismo» moderno, postula la no «cosificación» de la representación. En efecto, la representación cognoscitiva (idea, especie, concepto) no es una «cosa» que una vez conocida sustituye a la realidad misma; no se trata de una «realidad vicaria» que hace las veces de la cosa real en mi entendimiento; no es, en definitiva, un «doblete» de la realidad. Una concepción de este estilo desemboca necesariamente en un proceso al infinito, puesto que para conocer esa «realidad vicaria» necesitaríamos a su vez otra por la que se representase.

La cuestión traspasa los límites de la pura discusión gnoseológica para convertirse en una de las claves de la modernidad. En efecto, si se admite que el conocimiento humano sólo alcanza a dar cuenta de las «representaciones» de la realidad, pero no garantiza penetrar en la realidad en sí misma se acaba cues-